EL ATLAS LÉXICO, UN DICCIONARIO DE CAMPOS SEMÁNTICOS DEL ESPAÑOL DE TODAS LAS ÉPOCAS

RAFAEL DEL MORAL
LICEO FRANCÉS DE MADRID, ESPAÑA

Dejaré claro, si es posible exculpar el atrevimiento, que quien les habla frecuenta esta Asociación Europea desde hace más de diez años y que traigo una investigación personal, mi propia obra, el *Atlas léxico de la lengua española*, un *Diccionario Ideológico* que, por azarosa fortuna, el mismo autor va a comentar sin más intención que la puramente lingüística.

Muchas de mis comunicaciones en estos congresos han sido sobre el léxico. Y tampoco ignoran quienes me conocen que he militado desde siempre en la vanguardia y defensa de un diccionario de campos semánticos para el español, y a ello he dedicado los últimos quince años. Ahora, al fin, ha nacido el repertorio. Y ha sido bautizado con un nombre que ya pertenecía a sus abuelos, *Diccionario ideológico*, aunque su padre hubiera propuesto llamarlo sencillamente *Diccionario lógico*, y un sobrenombre innovador, *Atlas léxico*. Figura como padrino la editorial Herder, que fue quien defendió el nombre tradicional frente al renovador.

Acabado el exordio, quiero recordarles, dando inicio a la cuestión que nos ocupa, que los principales diccionarios actuales de la lengua española rondan las cien mil palabras, unas diez veces más de las que un usuario puede utilizar en el mejor de los casos. La vida cotidiana la colmamos con unas tres mil. El universitario activo puede duplicar la cifra, y el escritor más audaz, incluido Miguel de Cervantes, arañar las diez mil.

¿Qué hacemos, entonces, con las nueve partes restantes de nuestro patrimonio léxico? ¿Las guardamos en colección alfabética para sentirnos orgullosos de nuestra riqueza inútil? ¿Las reservamos para las ocasiones de gala, para las fiestas mundanas, para los ceremoniales dichosos aunque en ese momento, faltos de pre-

ACTAS XLV (AEPE). Rafael DEL MORAL. El Atlas léxico, un diccionario de campos se...
Centro Virtual Cervantes

visión, no seamos capaces de localizarlas? Sin el cultivo y recolección de nuestro tesoro de voces y expresiones, las generaciones, que no sospechan la riqueza léxica, se olvidan de su heredad, y dejan que el tiempo las sepulte.

Ferdinand de Saussure definió al signo lingüístico como la íntima unión de un significado y un significante. Como el signo lingüístico es arbitrario, necesitamos que un repertorio léxico, un diccionario, aclare las relaciones.

Los diccionarios normativos o semasiológicos, es decir, los tradicionales, nos ofrecen significantes alfabetizados y seguidos de sus correspondientes significados.

Los diccionarios onomasiológicos, mucho menos frecuentes aunque tan necesarios como aquellos, exponen y enumeran las palabras que comparten un determinado significado.

Veamos un ejemplo. Si la palabra *emparedado* queda definida en un diccionario **semasiológico** como *porción pequeña de jamón u otra vianda entre dos rebanadas de pan de molde*, el diccionario **onomasiológico**, por su parte, desde una mirada más general nos dirá que los significantes que comparten el significado de pan con un trozo de vianda son, además del citado, *bocadillo*, *montado*, *pepito*, *sándwich y hamburguesa*, y que en el español coloquial se ha introducido la palabra *bocata*. En busca de una información exhaustiva tendríamos que añadir que en Argentina se le llama *choripán*, en México *torta*, en Perú *butifarra*, y en Uruguay *refuerzo*. El recorrido no puede quedarse ahí porque tendríamos que introducir el popular *perrito caliente*, llamado *pancho* en Argentina, *hot dog* en Chile y México, y *franckfurters* en Uruguay. En la vecindad de estas palabras aparecen otras, y cito al Ideológico-Atlas léxico, en las que la vianda solo comparte un trozo de pan, como *tostada*, *tostón*, *untada*, *sopa*, *sopetón · rebanada*, *melada*, *pringada*, *pampringada · picatoste*, *remojón* y *torrija*. Y todavía nos faltaría citar al bocadillo pequeño, es decir, el *canapé*, la *medianoche* y el coloquial *bikini*. Este pequeño trozo de pan con algo es llamado *saladito* en Argentina y Uruguay, y *pasapalo* en Venezuela. Si queremos redondear la colección, acotar el campo, tendría que aparecer igualmente la palabra empanada, e incluso, aunque pertenezca a una población más reducida, la palabra *bikini* o bocadillo pequeño.

Imaginemos ahora que tenemos una magnífica colección de 85.000 monedas todas ellas con su nombre, y las guardamos en orden alfabético creyendo haber encontrado su clasificación ideal. La razón nos explica que es un error. Un criterio histórico o geográfico parecería mucho más útil. Pues bien, esta lógica que con tanto sentido común se aplica en la numismática a las monedas, en las pinacotecas a los cuadros y en un taller a las herramientas es, sin embargo, ensombrecida y casi silenciada por la tradición semasiológica para la clasificación de las palabras. Y son muchas las lenguas que se solidifican con diccionarios semasiológicos, y muchas menos las que, en busca de un mejor goce de la preciada colección, añaden el diccionario onomasiológico, es decir, la clasificación capaz de fotografiar,

ACTAS XLV (AEPE). Rafael DEL MORAL. El Atlas léxico, un diccionario de campos se...
Centro Virtual Cervantes

de relatar, de exponer como en cuidado museo, las voces y expresiones de una lengua que cubren un determinado campo semántico.

¿Y qué lenguas disponen de ese armario de estanterías y cajones que alberga escrupulosamente el léxico, de este museo que expone en orden lógico las más preciadas voces de su preciado patrimonio léxico? Muy pocas.

La primera, como cabía esperar, fue el griego. Le procuró tan interesante acomodo un gramático helenista natural de Nauratis, Julius Pollux, hacia el siglo II. Para la segunda, el sánscrito, trabajó un monje budista, Amhara Simha, hacia el año 375 con la intención de servir de ayuda para actualizar las voces olvidadas. Y llamó a su libro *Amara Kosha*, popularizado como *Vocabulario inmortal* o *Tesoro de Amara,* hoy de obligada referencia. Y la tercera lengua que se guarda en cajones ordenados es el inglés. Lo hace desde 1852. Por entonces Peter Mark Roget, un médico aficionado a la lingüística, la dotó de una clasificación que, quien lo iba a decir, se ha convertido en el diccionario más consultado del mundo, el conocido como *Thesaurus de Roget* o sencillamente *el Roget*. El médico lexicólogo sembró los campos, abonó las tierras, despertó el interés, imantó la atracción.

No empezaron a interesarse los lexicógrafos de otras lenguas hasta un siglo más tarde cuando en 1952 la lengua portuguesa ordenó sus palabras, inspirada en el Roget, en lo que vino a llamarse *Diccionario analógico*. Su autor, Carlos Spitzer.

El léxico de la lengua francesa fue organizado y calcado con el legado de Roget contemplado y reelaborado por un equipo de lingüistas dirigidos por Daniel Péchoin, y también llamado Thesaurus.

La clasificación también llegó, aunque con menor incidencia, a la lengua rusa en el año 2000, desarrollada en el *Tematichekii slovar russkogo iasika* o Diccionario temático de la lengua rusa. El léxico de la lengua española no vivió ajeno a la influencia. El reto, bañado en misantropía, fue afrontado por Julio Casares en su *Diccionario ideológico*. Corría el año 1942. Lejos de construir con el original andamio de partes, sub-partes, cajones y cajitas de la clasificación conceptual o temática, Casares se refugió en el orden alfabético, como el usado por el coleccionista de monedas. Quedaron así sus cajones y estanterías a medio camino, en esfuerzo interrumpido o, como diría un castizo, entre Pinto y Valdemoro.

En la universidad española de los últimos años setenta se trabajaba con el DRAE y con el Casares, y una década más tarde con el Moliner, pero nadie hablaba de los campos semánticos de Roget, tan desdeñados por los lingüistas españoles. Quien les habla, que frecuentaba por entonces las aulas complutenses, no supo nada de Roget hasta que descubrió su *Thesaurus* en la estantería de una casa alquilada en Edimburgo, Escocia, en el año 1994. Confieso que las primeras miradas a aquella monumental estructura, rascacielos de palabras, pirámide de estructuras, hacienda de expresiones, no me sedujo. Ni siquiera me parecieron eficaces. Falto de otra fuente me vi obligado a escudriñar el inmenso valor de aquella

ACTAS XLV (AEPE). Rafael DEL MORAL. El Atlas léxico, un diccionario de campos se...
Centro Virtual Cervantes

ordenada y pulcra colección. Y quedé subyugado. Aquellas páginas abrían las puertas de todo un universo de ideas, palabras-galaxias repletas de relucientes constelaciones-guía a su vez enriquecidas con palabras-estrellas rodeadas de sus planetas y satélites.

En otoño de aquel año le propuse a quien por entonces era mi editor, Pío E. Serrano, que en este IV Congreso nos agasaja con su presencia, la elaboración de un modesto diccionario de palabras clasificadas para facilitar la búsqueda de constelaciones de voces a los estudiantes españoles, y también a los extranjeros. Así nació mi *Diccionario temático del español*, que vio la luz en 1999.

Durante los siguientes tres años no dejé de recibir opiniones de lectores, algunos de ellos tan particularmente seducidos que fueron capaces de redactar más de cuarenta páginas de comentarios y sugerencias. Solo por eso debo citar al lingüista Rafael Barranco-Droege, entusiasta de este tipo de clasificaciones. Alentado por los ánimos, y también autorizado por mi editor, inicié el trabajo de reedición. Si hubiera sabido que iba a tardar siete años en actualizarlo, nunca me habría comprometido. Y tan embadurnado estaba el proceso, y tan compleja la edición, que Pío Serrano, con las bellas formas en que saben comunicarse los amigos, me hizo saber que aquello era inviable. Por eso recurrí a Herder.

Yo no he encontrado normas para la elaboración de un diccionario de campos semánticos. Sencillamente he inventado mi universo. Y creo haber consultado tantos cuantos tratados léxicos hubieran podido interesar, pero entre ellos mis fuentes definitivas fueron dos repertorios semasiológicos, el Diccionario de la Academia y el de Moliner, y dos onomasiológicos, el de Roget y el de Casares.

El *Atlas léxico* no se parece al Casares porque huye de la clasificación alfabética y también porque añade usos coloquiales, vulgares, antiguos, o propios del español de América, y también las numerosas palabras nacidas en los últimos sesenta años. El ideológico de Casares clasifica en dos niveles: los hiperónimos de las entradas alfabetizadas y, en su caso, algunos grupos de cohipónimos agazapados en columna. El *Atlas léxico* organiza cuatro niveles.

Mi diccionario también se distancia del Roget en la presentación de las palabras. El diccionario inglés organiza su colección en seis partes y unos mil campos semánticos en los que conviven las cuatro categorías gramaticales: nombres, verbos, adjetivos y adverbios. El Atlas léxico dedica ocho partes a la división y mil seiscientos campos semánticos a la estructura, todos ellos puros en categorías de palabras, es decir, el campo semántico de verbos no incluye nombres, ni el de adjetivos a sustantivos.

La innovación está en las categorías, unas dependientes de otras.

La primera concibe tres apartados, como el Tesoro de Amara: una dedicada a la naturaleza y los principios naturales llamada mundo, otra al hombre y la mujer y la tercera a la vida en sociedad.

ACTAS XLV (AEPE). Rafael DEL MORAL. El Atlas léxico, un diccionario de campos se...
Centro Virtual Cervantes

La segunda, insertada en la anterior, ocho partes: principios generales, orden de los elementos, cuerpo humano, espíritu humano, vida en sociedad, actividades económicas, comunicación y, por último, arte y ocio.

La tercera, también en dependencia de la anterior, clasifica en unos ochenta capítulos, unos diez para el desarrollo de cada parte.

La cuarta organiza mil seiscientos campos semánticos o epígrafes puros, es decir, de palabras de la misma categoría gramatical que distingue los registros de uso.

La quinta y última esta formada por unos veinte mil listados de palabras que son campos de significados menores compartidos por las palabras así señaladas.

Hagamos el recorrido a la inversa. La palabra *esfenoides*, aparece entre *etmoides* y *vómer*, y se encuentra precedida de una brevísima explicación: **huesos**, en un listado dependiente de otro precedido del hiperónimo **nariz**. El cajón o compartimiento pertenece al epígrafe 30.02 **cabeza**. El epígrafe 30.02 cabeza pertenece al capítulo 30, **anatomía**, y el capítulo 30 a la parte tres, **cuerpo humano**. Así pues la voz *esfenoides* está definida por los hiperónimos *cuerpo humano, anatomía, cabeza, nariz* y *hueso*, que a su vez sirven para definir a otras palabras vecinas o lindantes. Es decir, la misma definición que en un diccionario semasiológico: hueso de la nariz perteneciente a la anatomía del cuerpo.

¿Para qué puede servirnos esa disposición de las palabras a modo de un Atlas léxico que recorriera todos los significados que la lengua necesita? Pues bien, en este diccionario podemos descubrir las fronteras entre unas palabras y otras, elegir el término que más conviene, recordar la palabra que alguna vez supimos y hemos olvidado o toparnos con una nueva que no sospechábamos que existía, y también indagar o complacernos en la riqueza léxica de un ámbito de nuestro interés.

Pocas son las lenguas del mundo que tienen el privilegio de disponer de un estudio semántico, ideológico, conceptual o temático de su léxico, apenas media docena. La nuestra, sondeada por los listados de Casares, protegida en los catálogos de Moliner, atizada y sacudida por los empeños de Corripio, manipulada por los del *Diccionario temático*, no quedaba, sin embargo tan ideológicamente descrita como en los diccionarios ideológicos del inglés o del francés y del ruso. El *Atlas léxico de la lengua española* nace para servir de fichero de ideas, como clasificador de palabras de nuestro patrimonio léxico activo, del conocido aunque nunca usado, y del repartido por los dominios de nuestro idioma. Esa recopilación ha de confiar en sí misma, en su propia estructura y servir como diccionario onomasiológico, y también como repertorio semasiológico. Lo he hecho, no sé aún si lo he conseguido, para que sea un instrumento de trabajo tan útil como ameno, tan generoso para ofrecer como hospitalario para recibir, y para que sirva a los cientos de millones de usuarios del español repartidos por el mundo, y, si es posible, para que se mantenga permeable y caudaloso durante una pacífica vida a través de los años.

ACTAS XLV (AEPE). Rafael DEL MORAL. El Atlas léxico, un diccionario de campos se...
Centro Virtual Cervantes

BIBLIOGRAFÍA

Becerra Hiraldo, J. M., «Diccionario temático del español. Propuesta», *Español Actual* 65 (1996), págs. 5-24.

— «Diccionario temático del español. Método y resultados», en G. Wotjak (coord.), *Teoría del campo y semántica léxica*, Frankfurt: Peter Lang, 1998, págs. 311-333.

Casares, J., *Diccionario ideológico de la lengua española*, Barcelona: Gustavo Gili, 1959.

Corripio, F., *Diccionario de ideas afines*, Barcelona: Herder, 22007.

Del Moral, R., *Diccionario temático del español*, Madrid: Verbum, 1999.

Del Moral, R., *Diccionario ideológico. Atlas léxico de la lengua española,* Madrid: Verbum, 1999.

McArthur, T., *Longman Lexicon of Contemporary English*, Londres: Longman, 1981.

Pëchoin, D., *Thesaurus. Des idées aux mots, des mots aux idées*. París: Larousse, 1995.

Roget, P. M., *Roget's Thesaurus of English Words and Phrases*, Londres: Penguin books, 2002.

Saiajova, L. G, Jasaiova, D. M., Morkovkin, B. B., *Tematichekii slovar russkogo iasika*, [Diccionario temático de la lengua rusa], Moscú: Isdatelstvo, 2000.

Spitzer, C., *Dicionário analógico da língua portuguesa*, Porto Alegre: Livraria do Globo, 71957.

ACTAS XLV (AEPE). Rafael DEL MORAL. El Atlas léxico, un diccionario de campos se...
Centro Virtual Cervantes